

que la oposición republicana, aliándose con los *Nocedales* y *Barzanallanas*, se contagiaba de esa legalidad indigesta que siempre resulta infecunda, y cándidamente hacía el juego á sus naturales enemigos. Los arañaba; pero no supo darles, como debía, muerte y sepultura... Mientras más lecciones de estas cosas me daba mi amigo, más me enamoraba su carácter. Lo que aún tengo que decir de él quédese en remojo todavía, pues me urge contar un suceso de importancia, que á mi ver cae dentro de la fase humorística de la Historia. Sígame, si gusta, el benigno lector desde este capítulo al que inmediatamente le sigue.

XIII

No cesaba yo de interrogarme así: «¿Estaré un poco demente, ó siquiera tocado de ténaces manías, la manía de mi proteísmo, que consiste en escribir con distintos criterios y aparente convicción, la manía de mi esencial criterio inmanente, de tendencias atrozmente revolucionarias?» Y otra cosa pregunto á los que me leen y á mí mismo: «¿Todo lo que cuento es real, ó los ensueños se me escapan del cerebro á la pluma y de la pluma al papel? ¿Las amorosas conquistas que me sirven de trama para la urdimbre histórica, son verdaderas ó imaginarias? ¿Creo en ellas porque las imagino, y las escribo porque las creo?...

Mientras con ayuda de mis indulgentes lectores dilucido estos puntos, seguiré contando... A ver si me acuerdo... Ya, ya he cogido el hilo... Pues Felipa, después de repetida por décima vez la proclamación dogmática de su virtud, me aconsejó que viese á Celestina Tirado, y á sus buenas disposiciones me encomendara.

Pero... el demonio lo hacía..., encontréme á Celestina también atacada de monomanía virtuosa, y en vías de abandonar su vil industria, dándose de baja en el escalafón del Infierno. Tenía una hija, criada en el campo, ya grandecita. Celestina la llevó consigo, sedienta de cariño maternal, que apenas había gustado en su vida llosa. Enteróse de ello la Marquesa de Navalcarazo, y queriendo apartar á la pobre niña de todo influjo maléfico, obligó á la madre á ponerla bajo la guardia y custodia de unas monjitas de la calle de San Leonardo. Accedió Celestina, movida de un vago prurito de corrección espiritual, y las mañanas pasaba en la iglesita del convento, ó en la frontera parroquia de San Marcos, entretenida en rezos y otros actos de devoción. Hablando de esto, me confesó que hasta las oraciones más elementales, *Creo* y *Padre nuestro*, se le habían olvidado, y en aquella ocasión las aprendía de nuevo, sintiéndose volver á sus años infantiles.

En estos contactos con la vida eclesiástica, la antes pecadora, y después reformada Celestina, echóse también su director espiritual, y tuvo la suerte de topar con un sacer-

dote ejemplarísimo, llamado don Hilario de la Peña. Hablando de él la pícara convertida no agotaba el filón de las alabanzas. Tales cosas me dijo, que me entraron vivas ganas de conocer al bendito clérigo. Y una mañana, en que mis divagaciones callejeras me llevaron á la de San Leonardo, me deparó mi suerte el encuentro de Celestina, que del convento salía con su reverendo amigo y capellán don Hilario, y ambos iban hacia la parroquia de San Marcos. Presentóme la pícara como periodista y cultivador de las Letras, y apenas hablé diez palabras con el buen señor le diuté por hombre bueno, tolerante, y de no común cultura.

Metióse Celestina en la parroquia, y yo seguí con el cura hasta la puerta de su casa. Era viejo, de gran talla y al parecer gotoso. Aliviaba su cojera con un grueso bastón. Lucio y carilleno, parecióme hombre que se había dado buena vida. Su afable sonrisa y sus ojuelos vivarachos delataban el amplio conocimiento del mundo, y el hábito de la preciosa indulgencia. Mostróse complacido de hablar con un escritor, y juzgándome con benevolencia cortés, por desconocer mi escasa valía, me reveló que él también plumeaba, por pasar el rato, y sin pretender el galardón de la fama. «Soy aficionado á los estudios históricos—dijo con modestia,—y he consagrado mis ocios á escribir la *Historia del Clero Mozárabe en Toledo*, de la cual llevo ya publicados tres tomos. Es obra de pura erudición, árida, como centón de documen-

tos.» Mi cortesía correspondió á la suya, diciéndole que conocía parte de los tres tomos publicados, y haciendo del contenido de ellos un ardiente elogio. Al darme las gracias advertí en él un amable escepticismo. No creía en mi entusiasmo por su obra... Con recíprocos plácemes y cumplimientos nos separamos, pidiéndole yo la venia para visitarle, pues me honraria mucho su trato y buena amistad.

Y no pasaron tres días sin que me personara en la casa del cura. Me recibió en su biblioteca, que era copiosa y algo desordenada, como toda biblioteca en que se trabaja. De lo que habló don Hilario, saqué en limpio que era rico, que por no abandonar en absoluto su ministerio religioso, desempeñaba la capellanía de las monjas vecinas. Algún trabajo le daba el delicado gobierno de las conciencias de aquellas santas señoras, que por no tener nada que hacer, inventaban pecadillos, y apuraban la paciencia del confesor para lavarlos, y restablecer su inmaculada pureza... Deseaba el señor Peña ocasión para zafarse del enfadoso lavatorio y planchado de las monjiles conciencias... También me dijo que le amargaba el sentimiento de no poder terminar su obra. Herido de la gota y otros desgastes del organismo, sólo contaba ya con un par de años de vida, ó poco más...

La persona del venerable clérigo trajo á mi cabeza espantosa confusión. Antes de tratarle, tenía yo noticia de él (ignorando el nombre) y de su magna *Historia del Clero Mozá-*

rabe. Intentaba yo por mañana y tarde descifrar aquel enigma, y desvanecer mi perplejidad. No sé cuántas veces me llegué á la calleja, entre Monteleón y Maravillas, y con ojos inquietos buscaba el 16 de marras, sin perder la esperanza de que la casa de aquel número hubiera salido de las entrañas de la tierra. Pero lejos de ver que ésta devolvía lo que se tragara en días ya lejanos, mi barullo mental aumentó con sucesos más contrarios á la lógica y al sentido común.

Acudiendo una mañana de Abril á mi tercera visita, encontré á don Hilario en la calle, yendo yo por la de los Reyes. Nos paramos, y después de los recíprocos saludos, me dijo: «Tengo que ir á Palacio. Si no tiene usted qué hacer acompañeme, y por el camino le contaré el porqué de ir yo á la Casa Grande, novedad para mí extraordinaria, pues sólo una vez estuve en ella, cuando á doña Isabel le dió por hacerme obispo, y yo rehusé. No recuerdo la fecha. Ello fué cuando Pío IX concedió á doña Isabel la *Rosa de Oro*. Vamos, hijo.» Andando, siguió así: «Pues esta buena señora, doña María Victoria, sale ahora con que quiere nombrarme capellán de ese Asilo que ha fundado para las lavanderas... Ello habrá sido idea del Conde de Ríus, intendente de Palacio, y gran amigo mío. Usted le conocerá: es yerno de Olózaga, que también me honra con su amistad. Sea de quien fuere la iniciativa de mi designación, voy á decir que nombren á otro. Yo declino ese honor, yo no sirvo para nada.

Busquen para las lavanderas un clérigo mozo. Yo no estoy ya para ninguna función que reclame el vigor juvenil...»

Charlando con voluble intercadencia de veras y bromas llegamos á Palacio y entramos en la Intendencia, que está, como sabéis, en la planta baja, plaza de la Armería. En una antesala nos detuvimos; salió el intendente, Conde de Ríus, á quien yo sólo conocía de vista; el cura me presentó á él como un amigo que le acompañaba en clase de rodrigón ó *lazarillo de su cojera*, y pasaron los dos al despacho próximo, donde á mi parecer trataron de la Capellanía de Lavanderas. Quedéme solo en aquel aposento, donde no veía más que estantes llenos de legajos, y algunos cuadros deslucidos del tiempo y del humo del gas, y que representaban edificios ó campiñas de los Sitios Reales. A poco de estar sumido en tal soledad, sentí hormiguilla en brazos y piernas, y zumbar de mis oídos, cual si á ellos llegaran las ondas de un lejano son de bronce vibrantes. Convirtiéronse aquellos sonidos en voz humana, demasiado dulce para ser de hombre, demasiado grave para ser de mujer. Volví la cabeza... y vi que por escondida puertecilla entraba un bulto... Mi primera impresión fué de una señora gorda y ajamonada... Al acercarse á mí se volvió esbelta sin gran merma de sus carnes lúcidas. Vestía elegante traje negro de seda, á la última moda... ¡Ay, Dios mío! Que me llevaran los demonios si no era la *Maricello*, con sin fin de años

menos de los que representaba cuando anteriormente la vi, y muy apersonada y peripuesta.

«Hola, Tito—me dijo con graciosa confianza, arrastrando un pesado sillón para sentarse frente á mí.—¿No me habías conocido? Vengo ahora un poquito transformada. Yo me pongo más fea ó más bonita según los lugares por donde paso, y las diligencias que traigo entre manos. Estamos en lo que los periodistas llamáis *el regio alcázar*, y cuando aquí entro, procuro adecentar mi facha y traje, por si me sale en estas alturas del Estado algo decoroso que pueda llevar á mis archivos.»

Diciendo esto, alargó hacia mí uno de sus pies, con la mayor desenvoltura, sin cuidado de que yo le viera la pantorrilla. Calzaba en aquel pie un lindo borceguí colorado, con tacón de plata. Y viéndome suspenso, sin saber qué hacer con el precioso y bien engalanado pie, me dijo risueña: «Parece que estás tonto. Haz el favor de descalzarme. ¿Tanto te asusta una vieja compuesta? No es el coturno lo que ves; es un zapatón de media gala. Me lo he puesto para venir á esta casa, y ya me pesa. No lo merecen...» Le quitó el borceguí con todo el respeto que me inspiraba, y al instante sacó, no sé de dónde, una blanda zapatilla, que por su propia mano se calzó sin esperar mi auxilio. Antes de repetir la operación en el otro pie, levantóse muy ligera, y dió paseos airosos por la estancia, un pie con medio coturno y el otro con zapatilla.

Esgrimiendo la que le quedaba en la mano, decía: «Con este escaquin azotaré yo las posaderas de los desgraciados y ridículos hombres que arriba he visto. Pide á tu Patria que tenga un arranque y los mande á donde fué mi amigo el reverendo *Padre Padilla*.»

Dicho esto, volvió á sentarse; la descalzó y calcé del otro pie, y quedóse meditabunda un mediano rato, mientras yo discutía mentalmente con mis ojos sobre la realidad ó ficción de lo que veían, y les acusaba de burlarme con alucinaciones infantiles... Y ellos me contestaban que no era culpa suya, sino de doña *María Clio*, hechicera y juguetona. Esta terminó sus meditaciones diciendo: «Mal andan allá arriba. Ministros y Rey han rivalizado en torpezas. Al Rey le disculpo. Sagastinos y zorrillistas le traen marcado con sus necias enemistades por un quitame esas pajas. Los 191 votos que dieron la corona á la casa de Saboya, ¿qué se hicieron? Hanse dividido en dos bandos; viven tirándose á la cabeza todos los trastos de la Constitución. Como don Amadeo no se imponga á esta tropa, ya puede preparar sus equipajes... Figúrate, hijo mío, que los llamados constitucionales se dividen á su vez, y por la combinación de generales andan también á repelones... El sábado, día de Consejo en Palacio, se presenta Sagasta en la Cámara Real, y dice al Rey que no se celebrará Consejo, porque no hay asuntos de que tratar. No le valen al camerano sus marrullerías, y Amadeo, con acento más firme del que suele usar, le con-

testa: *Si el Gobierno no tiene hoy nada que decirme, yo tengo cosas muy serias de que hablar al Gobierno. Cite usted ahora mismo, y aquí quedo esperando...*

—Ya sé lo demás, señora mía—repliqué yo.—Lo traen los periódicos.

—Cada periódico cuenta el caso á su modo, y con el aderezo y salsa que cada bandería suele gastar en sus guisos. Oyelo de mi boca, que no miente. Mi único guiso es la verdad... Azorados reuniéronse los ministros en Consejo, y ante ellos desenvainó el Monarca un papel que leyó con buena entonación. El documento era declamatorio y enfático, como los que escribías tú en *El Debate*, recomendando el específico de la Conciliación. No admitía el Rey nuevas disidencias, ni que el partido llamado *Constitucional* se partiera en mitades, que en la política general resultaban cuarterones. La intención expresada en el papelito era buena, el modo de señalar y el estilo vulgarotes á no poder más... Los ministros fueron desde aquel momento pintorescos personajes de ópera cómica. ¿Dimitian ó continuaban después de rascarse las partes de sus cuerpos azotadas por el papelito? De sus reflexiones resultó que debían quedarse, con ligero cambio de personas. No hay cosa más desagradable que dejar vacías las poltronas para que otros las ocupen... La gran escena cómica de hoy en la Cámara Regia y piezas inmediatas es de tal modo bochornosa, que me he quitado los coturnos por zafarme de la obligación de contarla. Para dar

noticia de lo que hoy he visto, héme puesto estos borceguies traídos y viejos... Figúrate que los sagastinos y unionistas han arreglado su guisote de crisis con salsa de *calamarès*, y hoy se han presentado á jurar.

—Juran y perjuran poniendo su mano al revés sobre un falso Evangelio.

—¡Anda, que del indecoroso plantón que les dió el Rey, se acordarán mientras vivan! Yo le dije á Sagasta: «¿No te sientes humillado? ¿Eres un cochero que viene á pedir plaza en las Caballerizas?» Y él rascándose la barba, me contestó: «Paciencia, *madre Clio*; este oficio pide mucho aguante, y resignación por arrobos. La política es valle de bilis.» Dos horas les tuvo Amadeo en la antecámara. A lo mejor salía Dragonetti con recaditos: «Dice Su Majestad que si traen el programa.» Y el riojano de amarillo rostro y boca rasgada, respondía: «El programa no lo traemos; pero... se traerá. El amigo Colmenares lo está confeccionando...» *Confeccionando*, como si fuera un pastel ó una torta de dulce... Vuelve Dragonetti con dulzura oficiosa, y dice: «Que si no traen el programa no juran.» Yo disimulaba mi enojo hablando de teatros con la Marquesa de Constantina. El hombre del tupé bajó al Ministerio de Estado con De Blas, y los que allí quedaron se miraban asustados de su paciencia ovejuna. Me acerqué al Ministro primerizo, y le dije: «*Simpático pollo antequerano*, parece que estás triste. Te ha tocado un estreno de mala sombra.» Y él desplegando su boca y mos-

trando su blanco dentamen, se sacudió así la broma: «Madre, la buena sombra la traigo yo conmigo... Sea usted benigna, y dejaré memoria de mí.»

«Volvió de Estado Sagasta, con el tupé más crecido y la color más biliosa. Traía también el programa que enseñó á los amigos. Como reapareciese Dragonetti con nuevas chinchorrerías, Práxedes le dijo: «Aquí está, aquí está el programa. Mañana lo verá Su Majestad en la *Gaceta*. Le hemos dado forma de Circular á los Gobernadores. Se les dice que este Ministerio es estrictamente compacto, que somos el progresismo histórico, firme columna de la Monarquía; y al propio tiempo les encarecemos la más exquisita legalidad en las elecciones. Legalidad ahora y siempre, para que el sufragio sea la exacta expresión de la voluntad del país...» Amén. Pasaron á la Cámara Real; hicieron arrumacos de juramento:..

«Yo lo vi; hice cuanto pude para ponerme seria. Di una vuelta en derredor de todos; pasé delante del Rey casi tocándole las narices, y ni él ni sus desaprensivos secretarios me vieron. Fuertemente dirigidos hacia los senos de su egoísmo tenían los ojos del alma, y los del cuerpo estaban ciegos. «Si me vierais, hijos del aire—les dije,—no seríais lo que sois.» Bajé corriendo á quitarme el calzado, que torpemente llevé á las alturas. No merecen los de arriba mis tacones de plata... Y ahora, buen Tito, acompáñame. Quiero espaciarme, alegrar mi pobre espí-

ritu ansioso de verdad. Vámonos á la Fuente de la Teja, y allí veremos á los soldados bailando con las criadas. Aquello, en su humildad, es más noble que esto. De allí puede salir algo grande, de aquí no. Iremos también á ver á los chicos jugando al toro ó á la tropa, en la Virgen del Puerto. De allí saldrán hombres de poder, ciudadanos, trabajadores, mártires, héroes. Aquello es la sal y el fuego de la vida... Aquí no hay más que hombres de humo que burla burlando asfixian á su patria.»

Ya estábamos en la puerta con ánimo de no parar hasta la Fuente de la Teja, cuando llegaron don Hilario y el Conde de Ríus, que bajaban de las habitaciones de Su Majestad la Reina doña María Victoria. Hablando pasaron junto á nosotros, como si no nos vieran. Creímos entender que había sido mala inteligencia del Conde la designación del señor Peña para la Capellanía de Lavanderas.

«Le han llamado—me dijo *Mariclio*—porque á esta buena señora le ha dado ahora por hacer obispos. Cree con esto desarmar á las damas católicas que le han declarado la guerra. Equivocada está de medio á medio, porque aunque propusiera una hornada episcopal de sacerdotes virtuosos y entendidos, el Papa no los aceptaría... Así lo dije ayer á doña María Victoria, y ella me aseguró que secretamente, y sin que lo supieran don Amadeo ni Víctor Manuel, había tendido un hilo de inteligencia con el Vaticano, y por este hilo le habían dicho que sí, que propu-

siera... ¡Ay, no sabe esta buena señora con quién trata! Yo le dije: «No te fies. Suponiendo que Pío IX entre por el aro, no te preconizará más que obispos carlistones, afectos á él más que á ti y á tu marido... Hija mía, no te metas con Roma, ni creas que amansarás á las apostólicas damas, poniéndote todos los moños del catolicismo y del papismo...» Y este bienaventurado Hilario Peña no se calará nunca la mitra. Es hombre bueno, sabio y caritativo. No tiene ambición...; no quiere *obispar*. Ya sabes que pertenece á la militar orden de *Santiago el Verde*, quiero decir que *es de Caballería*.»

XIV

No sé cómo escapamos de aquel antro, que tal me parecía... Salimos oyendo la voz lejana de don Hilario que decía: «No, no; nunca.» En la calle nos encontramos *Mariclio* y yo, y apenas tomamos la dirección que ella indicara, noté que su persona se iba despojando de la dignidad señorial, y su vestimenta deslucíendose hasta tomar las apariencias humildísimas con que la vi en la gruta de Graziella. Pero á medida que envejecía y se vulgarizaba, era mayor su agilidad, y su paso tan vivo que no podía yo seguirla sin sofocarme. Yo me preguntaba: «¿Cómo ha podido cambiar tan pronto de traje y facha?... ¿Y dónde demonios lleva escondidos los za-

patos de medio lujo?... ¿Y cómo salimos de Palacio sin pasar por ninguna de sus puertas?... ¿Y qué se le habrá perdido á esta buena señora en la Fuente de la Teja?»

Por Caballerizas, Cuesta y Puerta de San Vicente, Puente del Manzanares llegamos al popular sitio de recreo. Hormigueaba en él la descuidada plebe; sonaban en estridente algarabía los organillos, los pregones y el gozoso runrún de los merenderos. Por entre la turbamulta paseamos; *Mariclio* habló con dos aguadoras, yo con un mendigo lisiado á quien llevaban en un carrito... Llegamos á donde militares y muchachas habían armado el incansable bailoteo. Daba gusto ver el entusiasmo con que ellas zarandeaban sus cuerpos en aquel ejercicio, agarrándose al hombre ó brincando frente á frente y haciendo graciosas figuras. «El baile — me dijo mi compañera de paseo — es la primitiva manifestación del arte y del amor. En su ritmo verás el aleteo con que la especie humana dice: «No quiero morir, sino vivir y reproducirme.»

Contemplando los enardecidos grupos danzantes, y luego las parejas que entre los espesos olmos se alejaban buscando la soledad, *Mariclio*, con lenguaje que sólo entendíamos él viento y yo, les decía: «Divertíos en la edad gozosa... Soldaditos y criadas, chicos y chicas que comenzáis la vida en la sana esclavitud de las obligaciones, no os detengáis, y de estos devaneos inocentes pasad á mayores devaneos... Casados ó sin casar, cread es-

pañoles, traednos ciudadanos, que es menester venga nueva generación á enmendar á ésta, desvaída y decadente. Traed acá nuevos hombres de quienes yo pueda referir acciones altas y nobles.»

Seguimos andando... Yo era un autómatas... En la Virgen del Puerto y la Puente Segoviana, nos cruzábamos con parejas á quienes *Mariclio* hacía la misma recomendación de aumentar á toda prisa el censo de España... «Nueva gente... y pronto, pronto... Hombres que traigan cerebros machos, corazones grandes y ternillas á la medida de los corazones»... Pasamos luego por la *Tela*, donde vimos enorme caterva de chiquillos jugando á la tropa con palos, banderitas y morriones de papel. Los más audaces se disputaban el mando: *Yo soy Plim*, chillaba uno, y otro gritaba: *Pues yo Napolión. Límpiame*... Un tercero venía dando zancajos y vociferando así: *Quitaos, gallinas, que yo soy mi abuelo, y mi abuelo se llamaba el Tío Pecinado*... Formaban batallones; batían marcha imitando con la boca el *rataplán* de los tambores; disparaban tiros, se acometían al arma blanca, tomaban la fortaleza de un montón de piedras... *Mariclio* se metió entre ellos y fogosa les decía: «No desmayéis, valientes chicos. Creced y dadme tela para que yo corte á vuestra patria un vestido espléndido, y dadme materia para que ese vestido salga recamado con estrellas de oro... Mandaos los unos á los otros, recompensaos, castigaos, para que aprendáis la justicia. Sed guerreros

chiquitos para que de grandes seáis buenos ciudadanos.»

Otras estupendas cosas les dijo, y ellos, exaltados por tan sonoras palabras, no vieron mejor modo de expresarnos su conformidad que apedreándonos. Las peladillas silbaban en nuestros oídos... Era un disparar impetuoso y graneado que no nos hizo daño alguno. *Mariclio* se descuajaba de risa, y sin miedo á la pedrea les enardecía de este modo: «Bien, hijos: no importa que me ofendáis ahora si mañana os portáis como dignos y valientes. Seguid, seguid jugando...» Embocábamos la calle de Segovia, cuando mi brava compañera me habló así: «Tito mío, estas diabluras de los rapaces y el embeleso de las parejas de enamorados, me consuelan de la misera vida que arrastro en esta tu decaída tierra. Veo que abres tus ojos, admirándome sin conocerme, deseando que te diga quién soy y te explique por qué vine al mundo, y cuáles son mi abolengo y familia. Sentémonos en este sillar que aquí está como preparado para nuestro descanso.» Nos sentamos, y he aquí lo que me contó:

«Somos nueve hermanas... No te diré cuál es más joven ó más vieja, pues nacimos juntas de un mismo vientre... Nuestro padre nos dedicó á diferentes artes. Cada cual escogió la más de su gusto. Una de mis hermanas se dedicó á bailarina, y ha venido muy á menos; es más desgraciada que yo, y hoy nadie le hace caso. Dos fueron cómicas: la una se dedicó á la tragedia, la otra á la co-

media. Andan hoy regular; consideradas sí, pero muy discutidas...; que si eres, que si no eres... La que estudió para oradora brilla y aparenta, mas con poca substancia. La que se aplicó á la tarea de componer versos heroicos, está por los suelos, más que yo quizas; la que hace versos alegres va viviendo...; da qué hablar, y los desocupados la festejan. La que actúa de observadora del cielo y del curso armónico de los astros, goza de gran predicamento. Pero la que ha subido más en el aprecio de las gentes y más éxitos alcanza es la que eligió el arte de la música, del dulce canto y tañer de concertados instrumentos. A mí ya me ves. No valgo para nada, por falta de materia con que pueda dar al mundo muestra y señales de mi grandeza... Las nueve hermanas nos vemos y nos visitamos á menudo para comunicarnos nuestras glorias y desdichas...»

Cuando esto decía, ya no estábamos en la calle de Segovia, sino internados en las calles más bulliciosas de Madrid. Mi interesante compañera se detuvo en un punto, donde oíamos dulcísimos acentos de violines y de humanas voces melodiosas, y despidiéndose me dijo así: «Aquí me quedo, que siento la voz de mi hermana, la que rigé y gobierna los reinos de la Música, y subiré á pasar un ratito en su compañía... Vete á descansar, que bien lo necesitas... Haz por dormirte; olvida lo que conmigo has hablado y visto, que todo es figuración y embuste de tu cerebro enardecido y no muy sano...»

Dejé de verla á mi lado... Mi camino seguí claudicante y haciendo eses... Esto de las eses que yo hacía me puso en gran cuidado, pues no recordaba yo haber bebido ni una gota de licor espirituoso. Alguna cuchufleta oí referente á mis eses...; la cabeza me pesaba como si en ella se me hubiera metido todo el azogue de las minas de Almadén... No puedo asegurar cómo y en qué postura llegué á mi casa; pero es indudable que en ella y en mi cama me encontré por la mañana, como quien despierta, ó más bien resucitada... Apenas puse mis huesos de punta, me lié con Ido del Sagrario en agria disputa. Empezamos por sostener, yo que las Musas eran diez, y él me contradijo con burlas diciendo que no eran más que nueve, quizas ocho no más, pues una de ellas, la de la Historia, se había dado de baja por no tener ya cosa bella ó grande que contar... Estallé yo en cólera; quise pegarle, y habríamos tenido en casa una tragedia si no entrara Nicanora con zorros y una estaca para restablecer la paz. ¡Cómo estaría yo en aquellos días, que no hablaba con ningún amigo sin que acabáramos poniéndonos de vuelta y media! Con Mateo Nuevo reñí tan ásperamente que faltó poco para enredarnos á pescozones. Por una palabra, por una sonrisa, desafié á Luis Blanc y á Roberto Robert. A Ramón Cala, por haberme recomendado moderación en la bebida (yo no lo cataba), le mandé los padrinos, que fueron Ido del Sagrario y Roque Barcia. Divagando solo, examinaba lo que bien

puedo llamar mi conciencia mental, y sentía que alguna pieza del aparato pensante no se hallaba en perfecto engranaje con las demás. Yo quería pensar una cosa y me salía otra. ¿Cómo restablecer la ordenada función de mi cerebro? Consulté el caso con Ido, muy práctico en tales achaques, y me dijo que tomase mucha tila y no leyera más libro que *Las Tardes de la Granja*, obra muy distraída, ó la *Vida de Santa María Egipciaca*, que á él le había probado muy bien. En esta situación de espíritu, llegaban á mí ecos zumbantes del estruendo político en las Cortes y en la Prensa. A Sagasta y Romero Robledo, *el gallo de Cameros* y *el pollo de Antequera*, les traían locos por la transferencia de dos millones, que la gente maleante dió en llamar *Los dos apóstoles*. Traviosos eran Sagasta y Romerito, y no reparaban en pelillos para engrasar la máquina electoral. Y aun así no pudieron impedir que trajeran acta treinta y cinco carlistas. Estos se preparaban en el Norte para obsequiarnos con otra guerra civil... ¡Bueno se iba poniendo esto...!

Mis amigos políticos y particulares huían de mí, ó me trataban como un caso patológico. La vagorosa Delfina se presentó en mi casa un día, luctuosa y con un negro velo por la cara, y en tono dulzaino y lúgubre, revelándome su doble procedencia confitera y funeraria me dijo: «Tito de mi alma, tus amigos no hacen más que compadecerte; yo te compadezco y trato de curarte. Ya escribí á tu familia. Tendrás pronto remedio. La vida cam-

pestre te probará muy bien. Yo, cuando me quedé viuda, estuve también algo tocada, y con dos meses de andar al zancajo en una dehesa, pastoreando vacas y subiéndome á los alcornoques, sin cuidarme de que los zagales me veían las piernas, me puse buena, y tan fuerte que al volver habría podido levantarte en vilo para darte azotes, como lo hice después... bien lo sabes.»

A los tres días de esta visita, hallábame yo recién salido del lecho, sentadito en incómodo sillón de gastados muelles y desiguales pelotes. Trájome Ido mi desayuno, y apenas lo tomé con menos que mediano apetito, me sumergí en hondísimas reflexiones. ¿Adónde iría con mi cuerpo aquel día? Estando en los senos cavernosos de esta meditación, la mirada en el suelo, el dedo en la frente, oí ruido de voces que venían del recibimiento... Alcé los ojos, y en la puerta de mi cuarto vi un bulto, una persona que allí apareció como clavada. Era tan semejante á mí, que creí ver la reproducción de mi figura en un espejo... El sujeto que suspenso me miraba era chiquitín como yo, con mi propia cara más curtida, cabello gris y... Lo diré de una vez. Aquel señor era mi padre.

La inesperada presencia del autor de mis días sacudió todo mi sér, privándome del habla por un mediano rato... Y el pobre señor, más envejecido que viejo, se conmovió intensamente al verme tan alicaído, si bien su pena no tardó en dulcificarse, pues por la carta angustiosa de Delfina, temía encon-

trarme en un manicomio. Pasada la efusión primera, y dada cuenta de toda la familia, mi padre planteó la cuestión secamente. Había venido por mí. Yo no dije nada; me sentía máquina rota. ¿Y cuándo nos iríamos al pueblo...? Aquella misma tarde. «Bueno... pues vámonos.» Así dije, y mi padre dió las órdenes á Ido para que aprontara mi ropa y todo mi bagaje, con excepción de libros, pues no consentía que llevase conmigo las causas de mi desarreglo mental, que eran la vida loca de Madrid, el hervidero de las ideas disolventes, y las lecturas de obras perversas que inducían á la inmoralidad y al crimen... Él no tenía nada que hacer en la Corte, que odiaba y maldecía... «Yo no me separo de ti —me dijo.— Tomaremos un bocado al mediodía...; yo con un caldo me arreglo. Hoy es vigilia de precepto.»

Fuimos á visitar á Delfina, y largo rato platicó mi padre con ella, recordándole sus bondades con mi familia. Y entre otras memoranzas de gratitud, sacó de la obscuridad del pasado la siguiente: «Usted, Delfina, ha sido muy buena para nosotros. Cuando vino á Madrid el año 67 mi hermana Bonifacia con su marido, á consultar á los médicos su enfermedad del pecho, estaba usted recién casada. Acompañó á mi hermana en el visiteo de doctores; le regaló una magnífica torta de dulce, y cuando el pobreito Manuel murió, no quiso usted cobrarle nada por el ataúd y hachones... Esto no lo olvida mi hermana, que ahora vive en Burgos.» Con éstas y otras

finezas nos despedimos, y Delfina me dió un escapulario y una cajita de bombones de chocolate para que me entretuviera por el camino... Dos horas después, estábamos ya en la estación del Norte, con una hora de anticipación á la de la salida del tren, pues mi padre temía que éste se le escapara, dejándole un día más en este Madrid, objeto de todo su asco y aversión.

En marcha el tren, llevando en nuestro departamento de segunda tres compañeros y dos compañeras de camino, mi buen padre, libre ya de la inquietud del regreso, y gozoso de llevarme consigo, me franqueó sus cariñosas intenciones. «Hijo mío, creo que sólo con sacarte del laberinto de ese Madrid arrasado y disoluto, te curarás de tus murrias y del desvarío de tu cabeza. Te inficionaron los miasmas del vicio y de la corruptela, ¿no entiendes lo que te digo?...; pues corruptela quiere decir el burlarse de las leyes de Dios, el no amarle ni temerle, el andar en el tole tole de libertades, que yo llamo licencias, y el querer meternos á los españoles en un fregado de ideas pestíferas y, como quien dice, republicanas. Te lo diré más claro... En los aires limpios del pueblo soltarás toda esa podredumbre, y serás otro hombre... Echarás de tu cabeza todo el maleficio, dejando que éntre poquito á poco, como ave que busca su nido, la paloma del Espíritu Santo.»

De esta figura que de su boca salió envuelta en seráfica sonrisa, debió de quedar muy satisfecho el buen señor, pues con ella puso

punto final, y apoyando su venerable cabe-cita en la palma de la mano, se durmió como un ángel. Era mi padre, don Matias Liviano y Pipaón, un hombre bueno y simplísimo, incapaz de hacer daño á una mosca, de ideas petrificadas, patriarcales, resultado del vivir estrecho en pueblos de corto vecindario, sustrayéndose sistemáticamente á todo contacto con el vivir que irradia de las grandes ciudades del reino. Alavés de nacimiento, se estableció desde muy joven en Oña, patria de mi difunta madre, doña Pascuala Zurbano y Calomarde. En Oña, el Cubo y Medina de Pomar poseían mis padres algunas tierrucas, y dos ó tres casas de mala muerte con que disfrutaban de un pasar modesto, insuficiente para los hijos que aspirábamos á mejor vida. Mis dos hermanas casaron, la una con un bigardo vizcaino, bien cubierto del riñón, vamos al decir, rico; la otra con un viudo joven de Miranda de Ebro, que traficaba en vinos de Rioja. Yo, el más chico de la familia en edad y estatura, pues á mis hermanas les tocó la talla que á mí me faltaba, anhelé desde niño horizontes más amplios, y cuando pude valerme solo, me fuí á Vitoria en busca de alimento con que saciar mi apetito mental. No hallándolo en la capital de Alava, plantéme en Madrid, desde donde anudé relaciones con mi padre, ofreciéndole villas y castillos, y pronosticándole mi próxima, indubitable celebridad.

El sueño no quiso apagar mis arrebatados pensamientos. Mi desvelo fué parte á que

me fijase en una señora que á mi vera estaba, la cual durmió hasta más allá de Avila, y poco después, volviéndose á mí, me preguntó que cuánto faltaba para llegar á Bribiesca. Al contestarle que allá iba yo también, vi que era de agradable rostro, lozana y risueña. Al instante reapareció en mi sér el caballero galanteador, sentí mi cabeza despejada, y mi corazón henchido de amor á toda la humanidad femenina. Empecé por acometerla con discretas finuras, sondeando hábilmente su receptividad galante. Mantúvose firme un buen rato, ni admitiendo ni rechazando las varas que yo quería clavarle; mas yo saqué las armas retóricas de mi arsenal persuasivo, y á poco de medirlas con la recatada concisión de la dama, supe que era viuda sin hijos, y que tenía fincas en la Bureba... Poco á poco fué entrando en el nimbo de simpatía que sé formar entre mi persona y una blanda hembra. Desde Medina á Valladolid la dama recompensaba mi rendimiento con sonrisas, y un juego de ojos que fué como si las estrellitas del cielo se colaran en la penumbra del coche. Más animado yo en cada estación, pues por éstas contaba yo las etapas de mi aventura, rompí á cantar, cerca de Burgos, la cavatina de mi declaración, con la mala pata de que en los primeros compases despertó mi padre, y estirándose y bostezando exclamo: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar*. Al terminar la frase, hizo la señal de la cruz sobre su boca, y sacando el rosario se puso á rezar... Me había cortado el

resuello... ¡Ay, si no fuera mi padre...! Entre dos avemarías, pronunciadas á media voz, me dijo: «Tito, ¿te encuentras bien? ¿Has podido dormir?»

—Sí, padre; he dormido. Estoy tan bien, tan bien, que ya se me han quitado todos los males, y me siento tal y como fui en mis días de fuerte salud, enteramente *comutativo y bilateral*.» El pobre señor no me entendía, y siguió despachando su tercio de rosario.

XV

A poco de pasar de Burgos, envainó mi padre su rosario suspirando ya por la llegada, y aunque sobraba tiempo, dióme prisa para que recogiera nuestros bultos y paquetes. «Por Dios vivo, Tito, no se nos quede algo.» La señora guapa se arregló la cabeza y toquilla dirigiéndonos una mirada que me pareció precursora de inteligencia. Sin duda le supo mal el quedarse á media miel cuando el despertar de mi padre cortó bruscamente la volcánica declaración que yo empecé á espetarle. «Hasta que pase Santa Olalla no hay prisa—nos dijo; y en su acento creí notar cierta dulzura que á mí solo dedicaba. Llegamos, y al ponerse en pie la señora para salir vi con espanto que era coja, pero de una cojera de solemnidad, pues tenía una pierna de palo, y se ayudaba de un bastón... En ninguna de mis conquistas, tuve tan

mala pata... Hice como que no me enteraba, y extremando mi finura y prodigando las expresiones más corteses, la ayudé á bajar del coche. Los demás viajeros seguían durmiendo profundamente. El frío era intensísimo... De mi brazo pasó la dama coja á los brazos de personas que la esperaban... Mi padre saludó á un cura, y luego al dueño de los coches que llevaban diariamente el correo desde Bribiesca á Medina de Pomar, pasando por Oña, nuestro pueblo... Descansamos; amaneció, y ¡al coche...! Antes de los diez estábamos en la risueña y monacal villa de Oña, donde me crié, y con las primeras travesuras realicé mis primeras infantiles conquistas.

Declaro que me rejuvenecí y me fortifiqué con sólo pisar el suelo de aquella villa guardadora de mis dulces recuerdos. El convento de benedictinos con su iglesia y claustros y frondosas huertas, que conservaban aún á mi parecer la huella de mis zapatitos agujerados á poco de estrenarlos, renovaron en mi espíritu las alegrías de la niñez. Con placer indecible me recreaba en las verdes orillas del río y en los embalses de cristalinas aguas que los frailes tenían para sus recreos de natación y pesca... La menguada población me divertía menos. En el tiempo que yo faltaba de allí, aumentado había el rebaño de curas; la beatería del vecindario era ya un estado epidémico... Para mí, pasar de Madrid á Oña era como saltar de un planeta á otro. Mi padre, que con tanto desprecio y horror